



**Profesor Federico Corriente Córdoba  
(14 noviembre 1940 - 16 junio 2020)**

## *In memoriam*

Ignacio Ferrando Frutos

Universidad de Cádiz

Juan Pedro Monferrer-Sala

Universidad de Córdoba

La tarde del pasado 16 de junio, martes, falleció el profesor Federico Corriente en su casa de Zaragoza, en la que residió ininterrumpidamente desde que se trasladara allí definitivamente en el año 1991.

El profesor Corriente fue director del Centro Cultural Español en El Cairo durante los años 1962 a 1965, y en esos mismos años profesor de español en la Escuela Superior de Idiomas de esa urbe; fue, así mismo, profesor de español, lingüística semítica y hebreo en la Universidad Muḥammad V de Rabat entre 1965 y 1968. Su marcha a Estados Unidos le llevó a ejercer como profesor asociado (1968-70) de lingüística semítica y árabe en *Dropsie University* (Filadelfia), en dicha institución posteriormente pasaría a ser catedrático de esas mismas materias (1970-72). De nuevo en España, ocupó una agregaduría de lengua árabe en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense entre 1972 y 1976, que durante un año (1972) simultaneó con la actividad de investigador científico de semitística en el Instituto Benito Arias Montano, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, para inmediatamente pasar a ganar la Cátedra de Lengua y Literatura Árabes en la Universidad de Zaragoza (1976-86), ocupando posteriormente la Cátedra de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Complutense durante los años 1986 a 1991 y volver a ser, de nuevo, catedrático de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Zaragoza desde 1991 hasta 2011, año en el que alcanzó la jubilación y adquirió el rango de profesor emérito. Obtuvo la licenciatura en Filología Semítica por la Universidad Complutense en 1962 con una tesina sobre el teatro árabe moderno (*Ahl al-Kahf* de Tawfīq al-Ḥakīm) y cinco años más tarde, en 1967, obtuvo el grado de doctor con una tesis sobre el plural fracto en semítico, dirigida por don Federico Pérez Castro y pu-

blicada en 1971 por el Instituto Benito Arias Montano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los honores y premios que le fueron otorgados a lo largo de su carrera fueron múltiples, tanto de tipo académico como de carácter institucional. Permítasenos siquiera, por su magnitud, recordar dos de ellos a los lectores: Miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Árabe de El Cairo, desde 1992, y Miembro de la Real Academia Española de la Lengua, desde 2017.

\* \* \*

Enorme es el vacío que todos los colegas, amigos y discípulos de Federico Corriente sentimos en estos tristes momentos en que la noticia de su fallecimiento nos ha golpeado con dureza y de improviso. Punzante, frío y descarnado es el dolor que nos azota en estos duros instantes, porque el Maestro, el firme adalid de nuestro más querido arabismo, nos ha dejado para siempre.

Como decía Abū l-‘Alā’ al-Ma‘arrī:

إن حزناً في ساعة الموت      أضعاف سرور في ساعة الميلاد

Los motivos para el pesar y la congoja son muchos y variados, y algunos de ellos difíciles de describir en este preciso instante. No solo se trata del sentimiento que nos embarga por la pérdida de una persona de su innegable talla intelectual, con todos los logros científicos que alcanzó y la ingente producción que nos ha dejado, para estudio y deleite de generaciones de arabistas. No solo estamos hablando del impulso definitivo que le dio al estudio de diversos ámbitos de investigación, como el de etimología de los arabismos de las lenguas romances, o el de la poesía estrófica andalusí, incluyendo las fundamentales y siempre controvertidas *haraġāt* (las mal llamadas jarchas), esas estrofillas de cierre de los poemas estróficos en forma de *mu-waššah* (más conocidas como moaxajas), además de sus imponentes ediciones y estudios del diván de Ibn Quzmān y el de al-Šuštārī, o el del dialecto árabe andalusí, al que consagró buena parte de sus afanes y desvelos. Todo ello lo enhebró de forma magistral en la serie de proyectos de investigación que dirigió ininterrumpidamente desde 1989 hasta 2011, cuando se jubiló. Pero no solo eso, pues también estamos pensando en las por aquel entonces aún incipientes traducciones al es-

pañol de textos literarios árabes que llevó a cabo en sus primeros años, una labor importantísima que de ordinario se pasa por alto, pero que Federico supo realizar con esa especial sensibilidad que le otorgaba su profundo conocimiento de la lengua árabe y de su cultura. Así sucedió con la versión de la obra de teatro *Ahl al-Kahf* (1963) o con la novela *‘Awdat al-rūḥ* (1967), ambas de Tawfiq al-Ḥakīm; y también con su imponente y magistral traducción de las *Mu‘allaqāt* (1971), proporcionando de este modo el acceso a textos en lengua española a quienes no podían hacerlo en su original árabe. De hecho, esta actividad traductora no cesó en ningún momento, le acompañó a lo largo de su dilatada carrera, hasta llegar a una de sus últimas traducciones, esta del ruso, a partir de un texto de Roman Jakobson sobre la poesía checa en relación con la rusa (2015), algunos de cuyos datos aprovechó adecuadamente en beneficio de sus estudios sobre la poesía estrófica andalusí.

Pero no, no nos parece necesario recalcar que la trayectoria investigadora de Federico supuso una ruptura con las tendencias de la escuela del arabismo español, o más bien un soplo de aire fresco, una forma distinta de abordar su principal objeto de estudio, la lengua árabe. Ni tan siquiera queremos detenernos, porque no es este el lugar oportuno, en esa otra labor suya, tan notable y meritoria, de promoción del estudio serio y científico de la lengua, que fue apuntalando con la publicación de valiosas obras lexicográficas y gramaticales, concebidas para ayudar a los estudiantes de árabe y español. No. No se trata aquí de ensalzar la figura de Federico Corriente dentro del ámbito de los estudios árabes en España y en el mundo, ni de sopesar el valor añadido y revolucionario que aportó, los méritos científicos que fue acumulando y que lo han convertido, sin duda, en el más señero representante del arabismo, no solo en nuestros lares, sino mucho más allá.

Por otro lado, tampoco cumple dejar constancia aquí, y menos aún tratar de interpretar, de qué modo Federico fue asimilando su propia trayectoria académica, cómo la percibió y de qué modo trazó ideario y camino. De ello dejó constancia escrita en el prefacio al original español de su imponente *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance* (Madrid: Gredos, 1999, 2ª ed. ampliada 2003), que titulado “A modo de epílogo y testamento” comenzaba así:

Terminan un libro, un siglo y una tarea. Y aunque pueda, tal vez, haber aún otros, sentimos la tentación, casi la obligación, ante esa triple e infrecuente coincidencia, de hacer arqueo en el hatillo, de saludar a nuestros escasos, pero constantes lecto-

res, y hacerlo en la ocasión con un relato menos árido y científicamente escueto que lo acostumbrado. Aunque ello implique un cierto derroche de tiempo y papel, la indiscreción de revelar lo que quizá no convenga o no interese decir u oír, la confesión de fracasos que seguramente fueron evitables y la inoportuna manifestación de alguna ingenua alegría por lo que puede haber sido un éxito, seguramente menor de lo que a uno le parece. Pero no es buen peregrino quien, al terminar su romería, guarda para sí el secreto de qué le llevó y cómo le fue por caminos y albergues, desentendiéndose de advertir y servir a quien, por sino, fe o albedrío, esté siguiendo o vaya a seguir sus pasos; dicho en términos islámicos, justo es quien cumple con el deber individual (*farḍu ṣayn*), pero no tan loable como quien toma además sobre sus hombros el cumplimiento del de la comunidad (*farḍu kifāyah*), atento no sólo a su propia salvación, sino también al bien de los demás (p. 10).

Allí, con su excelente prosa y un estilo propio, genuino, prieto de denotaciones, dio cuenta de su periplo académico, iniciado allá en 1958, cuando empezó a cursar la especialidad de Filología Semítica en Madrid, en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, hasta llegar a las postrimerías del nuevo siglo, concretamente hasta el año 1999, que es la fecha que incluye el prefacio. De entonces a esta parte han transcurrido ya más de cuatro lustros, pero el texto sigue estando plenamente vigente para quien tenga interés en conocer los detalles de ese interesante viaje realizado por Federico a lo largo de casi medio siglo. Tan solo habría que añadir lo vivido, y lo mucho trabajado, hasta el día que Federico emprendió el último viaje, sin duda un tanto hastiado del camino por tanta fatiga y zozobra, como cantara el bardo preislámico Zuhayr b. Abī Sulmā al-Muzanī:

سئمت تكاليف الحياة ومن يعيش      ثمانين حولاً لا أباً لك يسأم

Mas por suerte, estando Federico aún en pleno ejercicio académico y con ocasión de su sexagésimo quinto cumpleaños, coordinados por Jordi Aguadé, Ángeles Vicente y Leila Abu-Shams algunos de sus amigos dedicamos a Federico un ramillete de estudios como merecidísimo homenaje (2006). En el volumen, cuya página cuatro incluye una fotografía en la que la mirada seráfica de Federico –que es como él la definía– planea sobre el volumen en todo momento, puede uno hacerse idea del calibre académico de la figura del homenajeado por la talla investigadora de algunos de los colaboradores que rindieron tributo al magisterio de Federico, entre los que se encontraban Joshua Blau, Jacques Grand’Henry, Simon Hopkins, Otto Jastrow, Alan S. Kaye, Jérôme Lentin, Catherine Taine-Cheikh o Andrzej Zaborski, además

de otros conspicuos colegas nacionales y extranjeros, que sabrán disculpar la omisión de sus nombres en este momento.

En realidad, para todos aquellos a los que la fortuna nos ha deparado la suerte de conocerlo de cerca y de gozar de su compañía y amistad, lo que nos impresiona en estos momentos es más bien el recuerdo nítido y firme de tres destacadísimas facetas de su personalidad, que son, precisamente, las que más honda huella han ido dejando en nuestras almas, esa huella imborrable de su magisterio discreto y tenaz.

En primer lugar, nos gustaría destacar cuán admirable fue su tesón y su energía, su entrega paciente y minuciosa al trabajo diario. Es francamente difícil encontrar un hombre de ciencia o un investigador que días tras días se vuelque con ese casi feroz entusiasmo con el que se volcaba Federico en sus tareas del día a día, en sus amplios y a un tiempo minuciosos y detallados estudios lingüísticos, en sus pesquisas etimológicas, en sus cuidadas ediciones de textos andalusíes, en su paciente labor lexicográfica y etimológica, en su inigualable sensibilidad traductora. Proverbial es la voracidad y la velocidad con la que iba cumpliendo con sus encargos y sus tareas, la celeridad con la que iban avanzando sus investigaciones, y todo ello gracias a una capacidad de concentración y trabajo fuera de lo común. Gracias a su formación y sus conocimientos enciclopédicos, a su impecable manejo de los distintos registros de la lengua árabe y de muchas otras lenguas que o bien hablaba (francés, inglés y portugués), leía (alemán, catalán, etiópico (*ge'əz*), gallego, hebreo, italiano, latín, persa, ruso, siriano y turco) o, como él apostillaba, “conocía en menor grado” (acadio, amárico, bereber, copto, griego y sánscrito), pero sobre todo a la tenacidad y meticulosidad con la que se entregaba día tras día a su labor de investigación, Federico fue capaz de producir, en su fecunda vida académica —¡ojalá hubiera sido más dilatada!—, obras de hondo calado que sorprenden y admiran al lector, pues parecen salidas de un compacto equipo de investigadores más que del tintero de una sola persona. Rindamos merecido homenaje, sí, y con gozo, a este aspecto tan destacado de nuestro admirado Maestro.

El segundo mérito que, a nuestro juicio, debe ser destacado en estos momentos, es el de la singular generosidad que practicaba con todo aquel que llamaba a su puerta, tanto física como virtualmente, para pedir consejo científico. Tanto en su despacho de la facultad, cara a cara, como detrás del teclado, Federico resolvía con paciencia infinita

las frecuentes dudas lingüísticas a las que se enfrentaban en sus tesis e investigaciones colegas y discípulos de muy diversa procedencia. Corregía con denuedo y celeridad traducciones del árabe al español y del español al árabe, así como ediciones de manuscritos, sugiriendo lecturas diferentes y posibles interpretaciones de pasajes dudosos que, las más de las veces, resultaban atinadas. Echaba mano de su vasta erudición en lenguas semíticas para aclarar la procedencia e historia de voces árabes llegadas de oriente, y, de forma particular y brillante, palabras romances de procedencia árabe. Como consecuencia de ello, hay un buen número de arabistas y romanistas que, aun sin conocerlo personalmente, le tienen en muy alta estima por los innegables servicios que les ha prestado, desde la distancia, en determinados momentos. Y, huelga decirlo, tal generosidad y nobleza no se limitaban a esas consultas, sino que fructificaron en obras colectivas en las que Federico solía ofrecer lo mejor de sí mismo, con su perseverancia y su asombroso ritmo productivo, editando, traduciendo, analizando e interpretando el grueso de esas obras. De ello podemos dar fe todos los que hemos tenido la suerte de colaborar con él en distintas publicaciones, donde lo que daba siempre superaba con creces a lo que podíamos ofrecerle. No pocos de quienes lean estas líneas podrán decir lo mismo, y congratularse de esta feliz faceta de un hombre singular, a quien corresponde con justicia el apelativo de العلامة “el sapientísimo”.

Un tercer y último aspecto que nos cumple traer a colación es, en el terreno más personal, el sentido de la hospitalidad y la amistad que adornaban a nuestro Maestro. Durante muchos años, y a lo largo y ancho del mundo, era frecuente asistir, con ocasión de un congreso, un seminario, una visita o cualquier otro acto académico, a una reunión de colegas promovida y auspiciada por Federico. Después de dejarse llevar un tanto por los placeres del yantar, y tras apurar alguna que otra copa de vino y encender un habano, fluía la conversación sobre muy diversos asuntos, entre ellos, natural pero no exclusivamente, los propios de la profesión del arabismo. Largas tertulias en restaurantes, hoteles, y particularmente en el domicilio saracustí de Federico, donde recibía con gusto exquisito a colegas y amigos, en compañía de su inseparable Asunción, plenas de saberes, anécdotas, y también de risas y humor. Porque uno de los rasgos más conspicuos de su carácter era precisamente ese, un sentido del humor agudo e inteligente, entre lo irónico y lo festivo, con un punto de acidez que le daba color y que

hacia las delicias de sus contertulios. Detrás de esa fachada seria, en ocasiones un tanto intimidante, se escondía un ser amable y generoso, noble y dispuesto. De seguro que muchos colegas conservan y conservarán por él, además de la admiración por su brillante producción científica, un sentido cariño y un profundo agradecimiento por esos magníficos momentos disfrutados en su compañía.

Se nos ha ido un hombre excepcional, irreplicable, de eso iremos siendo más y más conscientes a medida que vaya transcurriendo el tiempo y se vayan despejando los nubarrones de la tristeza y el dolor que ahora nos atenaza. Sin duda, para muchos de nosotros la figura de Federico va a estar ligada a buena parte de nuestros mejores años; su presencia nos acompañará siempre, de un modo u otro, guiando nuestro camino, haciéndonos cada día mejores gracias a sus consejos y enseñanzas. Por ello, aunque la emoción todavía nos embarga al redactar estas líneas en honor del Maestro, queremos alzar al viento nuestras copas para brindar una vez más con Federico, allá donde esté, en la esperanza de que sepamos recoger su legado y surcar el camino que nos aguarda con el mismo tesón, alegría, nobleza y honestidad que él desplegó a lo largo de su vida. Muchas gracias, Federico.

D.E.P.